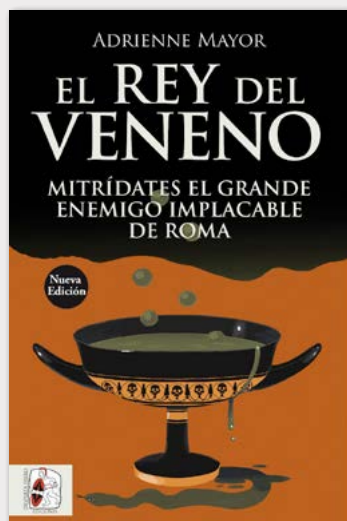
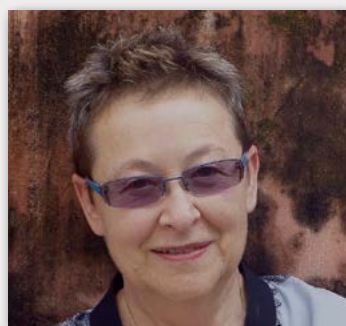


El Aníbal de Oriente que desafió a Roma

El rey del veneno de Adrienne Mayor rescata la fascinante vida y legado de Mitrídates el Grande, rey de Ponto, temido enemigo de Roma, convertido en leyenda y símbolo de resistencia contra la dominación romana. Una narrativa épica llena de traiciones, batallas, venenos y un rey cuya ambición lo llevó a convertirse en un mito viviente, reverenciado y temido a partes iguales, cuya influencia cultural perdura hasta hoy como encarnación de la confrontación entre Oriente y Occidente.



El rey del veneno.
Mitrídates el Grande,
enemigo implacable de Roma
979-13-990789-5-4
536 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 28,95 €



Maquiavelo alabó su genialidad militar, su biografía inspiró la primera ópera de Mozart y durante siglos se buscó su elixir contra el veneno. Pero pocas han sido las narraciones completas acerca de la vida de Mitrídates el Grande, el rey despiadado y visionario que desafió el poder de Roma en el siglo I a. C. De ahí la relevancia de este libro, en la que Adrienne Mayor combina sus dotes narrativas con los más recientes descubrimientos arqueológicos y científicos para contar la historia de Mitrídates como nunca antes se había hecho. Queriéndose descendiente de Alejandro Magno y de Darío III de Persia, Mitrídates heredó un próspero reino en el mar Negro a los catorce años, después de que su madre envenenara a su padre. A partir de este núcleo, concibió un gran imperio oriental que rivalizara con Roma y, tras orquestar la matanza de 80 000 romanos en un solo día, se anexionó Grecia y Anatolia. Protagonista de algunas de las batallas más espectaculares de la Historia antigua, pugnó durante décadas con una Roma que se tomó muy en serio el peligro de este nuevo Aníbal, que amenazaba incluso con atacar la propia Italia. Su asombrosa capacidad para evitar ser capturado y rehacerse de devastadoras derrotas desconcertaba a los romanos. Su habilidad para las intrigas y su dominio de los venenos frustraba los intentos de asesinato y servía para deshacerse de cualquier rival. *El rey del veneno. Mitrídates el Grande, enemigo implacable de Roma* es una emocionante biografía de uno de los enemigos más implacables pero menos comprendidos de Roma.

Adrienne Mayor es historiadora de la ciencia antigua y folclorista clásica, y desde 2006 ejerce como investigadora independiente en el Departamento de Clásicas, el de Historia y Filosofía de la Ciencia y el Programa de Tecnología de la Universidad de Stanford. Especializada en historia antigua y en el conocimiento de la naturaleza contenido en los mitos precientíficos y en las tradiciones orales, como en sus primeras obras *Fossil Legends of the First Americans* (2005) y *The First Fossil Hunters: Paleontology in Greek and Roman Times* (2011). En sus trabajos de investigación se centra en los antiguos precursores de la «ciencia popular», las técnicas de guerra alternativas y los orígenes de la inteligencia artificial y la robótica; así, con *Desperta Ferro* ha publicado *El rey del veneno. Mitrídates el Grande, enemigo implacable de Roma* (2017, 2.ª ed. 2026), *Amazonas. Guerreras del mundo antiguo* (2017, 2.ª ed. 2026), *Fuego griego, flechas envenenadas y escorpiones. La guerra química y biológica en la Antigüedad* (2018) y *Dioses y robots. Mitos, máquinas y sueños tecnológicos en la Antigüedad* (2019). Sus libros se han traducido a trece idiomas y colabora en documentales para televisión. *El rey del veneno* fue finalista del National Book Award de no ficción en 2009.

En librerías el miércoles 4 de febrero. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

Contexto histórico y perspectiva

El libro se centra en la figura de Mitrídates, rey del Ponto, y presenta su historia desde una perspectiva que busca escapar de la visión tradicional romana. Este enfoque permite explorar la resistencia de Mitrídates y de su reino frente al imperialismo romano.

Mitrídates como personaje complejo

Mitrídates es descrito como un líder de notable inteligencia y ambición. Se considera a sí mismo un defensor del Este contra la dominación romana, mostrando su deseo de ser un puente entre Oriente y Occidente. Su historia está marcada por intentos de asesinato y su obsesión por la toxicología, lo que culmina en su famosa resistencia a los venenos.

Guerras mitridáticas

Las guerras mitridáticas, que se extendieron por casi cuarenta años, son un eje central del relato. Mitrídates llevó a cabo una serie de campañas contra Roma, desafiando a algunos de sus mejores generales y resurgiendo tras cada derrota. Su capacidad para adaptarse y persistir en la lucha es un tema recurrente a lo largo del texto.

El uso del veneno

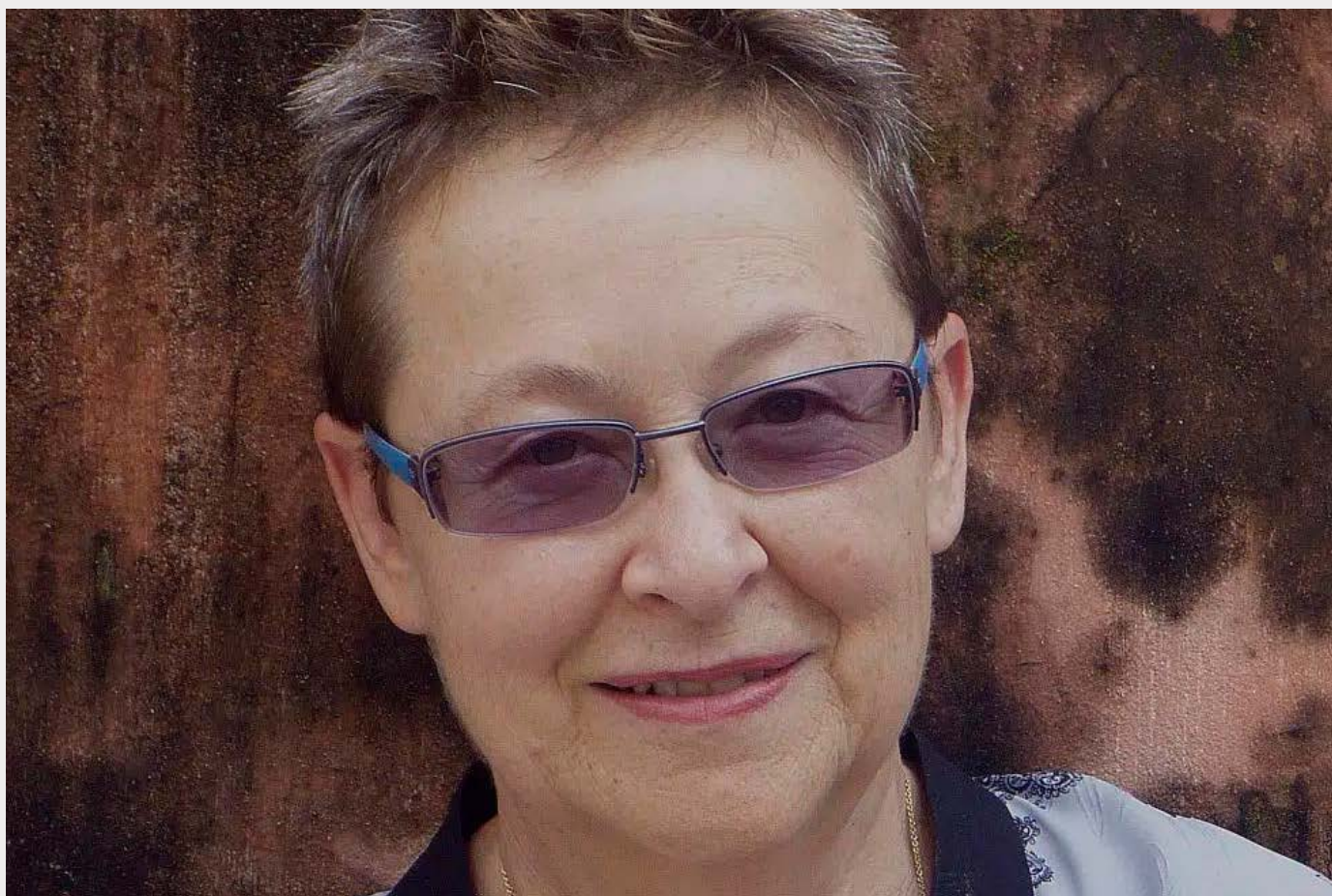
Mitrídates es conocido como “el rey del veneno” debido a su búsqueda de un antídoto universal y su experimentación con venenos. Su vida estuvo marcada por una serie de experimentos que lo llevaron a descubrir que el veneno podía tener efectos tanto mortales como benéficos. Este conocimiento se convirtió en un legado que trascendió su vida y se reflejó en la cultura popular, donde el término “mitridatismo” se refiere a la resistencia a los venenos.

Influencia cultural y literaria

La figura de Mitrídates ha inspirado diversas obras y se ha integrado en la narrativa cultural occidental. Sus experimentos y su longevidad han dejado una huella en la literatura, y su vida ha sido objeto de análisis tanto en el ámbito histórico como en el literario.

Legado y relevancia actual

El impacto de Mitrídates en la historia y su resistencia contra Roma resuenan en la actualidad, planteando preguntas sobre la lucha contra la opresión y el poder y la confrontación entre Oriente y Occidente.



ENTREVISTA A LA AUTORA

Aunque hoy en día es relativamente desconocido, Mitrídates VI del Ponto inspiró miedo, romanticismo, valentía e intriga en todo el Oriente Próximo durante el siglo I a. C. Mitrídates, que afirmaba descender de Alejandro Magno y Darío de Persia, desafió el poderío de la Roma republicana tardía y creó un imperio que se extendía desde el norte del mar Negro hasta Siria y Armenia. Aunque odiado por Roma por la masacre de 80 000 civiles romanos en el año 88 a. C., Mitrídates fue aclamado por griegos y persas como un «salvador» del opresivo mal gobierno romano. La ambición de Mitrídates, junto con sus avanzados conocimientos sobre venenos, lo convierten en una de las personalidades más intrigantes de la Antigüedad. En esta entrevista exclusiva, James Blake Wiener, de **Ancient History Encyclopedia**, habla con la Dra. Adrienne Mayor, investigadora de la Universidad de Stanford, que examina la tumultuosa vida de este intrigante rey antiguo en *El rey del veneno. Mitrídates el Grande, enemigo implacable de Roma*. Contextualizando su importancia política, su brillantez intelectual y su complejo carácter, Mayor también comparte sus ideas sobre por qué Mitrídates ha sido ignorado en gran medida en los estudios recientes.

Dra. Adrienne Mayor, es un privilegio darle la bienvenida a Ancient History Encyclopedia y hablar sobre *El rey del veneno*. Mi primera pregunta tiene dos partes: ¿por qué una figura histórica tan pintoresca como Mitrídates VI del Ponto (r. 120-63 a. C.) ha desaparecido de la imaginación histórica occidental y por qué merece la pena reflexionar hoy sobre su rivalidad de décadas con la Roma republicana tardía?

Gracias, James. Es un honor para mí que me hayan invitado a hablar sobre el rey Mitrídates, quien desafió al imperialismo romano hace más de 2000 años. Es cierto que, salvo algunas almas literarias que recuerdan el antiguo poema de Housman («Mitrídates, murió viejo»), hoy en día no hay mucha gente que conozca su nombre. Sin embargo, en la Antigüedad y la Edad Media, e incluso hasta el siglo XX, Mitrídates era tan famoso como Aníbal (247-183/182 a. C.), Espartaco (c. 109-71 a. C.), Cleopatra VII de Egipto (r. 51-30 a. C.) y otros ilustres enemigos de la República romana. Su vida inspiró a Maquiavelo (1469-1527) y Racine (1639-1699), así como una de las primeras óperas de Mozart: *Mitridate, re di Ponto* (1770). ¿Por qué se desvaneció su recuerdo? Bueno, con cuatro sí-

labas, el nombre de Mitrídates es un poco difícil de pronunciar, pero todo el mundo recuerda a Cleopatra VII de Egipto. Me siento tentado de culpar a Shakespeare por no haber escrito una tragedia sobre Mitrídates. Además, ¿por qué Karl Marx (1818-1883) prefirió al gladiador Espartaco antes que a Mitrídates, a pesar de que eran aliados y compartían nobles valores antirromanos? En realidad, sospecho que la verdadera razón de la desaparición de Mitrídates de la conciencia popular en Occidente puede estar relacionada con la geopolítica; en los siglos XIX y XX, los historiadores europeos prorromanos encasillaron a Mitrídates como un déspota bárbaro y cruel, comparándolo con los decadentes sultanes otomanos. Cuando el Imperio otomano se derrumbó, el nombre de Mitrídates cayó en un relativo olvido.

Pero hay indicios de que el rival más implacable de Roma, temido como «el Aníbal de Oriente», está saliendo con arrogancia de las sombras. En los últimos años, se han producido reposiciones de la ópera de Mozart, pero en lugar de los trajes de la corte francesa del siglo XVIII, Mitrídates aparece vestido como un comandante insurgente de algún estado anónimo de Oriente Medio y el escenario es una sala de guerra ultramoderna. Las asombrosas hazañas y la fascinante personalidad del rey están atrayendo a nuevos admiradores. La geopolítica ha influido en el resurgimiento de Mitrídates: muchas de las tierras que en su día formaron parte del reino de Ponto, en el mar Negro, de Mitrídates, han pasado a ocupar un lugar destacado en las noticias, normalmente asociadas a conflictos y terrorismo. Estos paralelismos hacen que su historia merezca la pena ser reflexionada hoy en día. Las guerras de Mitrídates contra Roma duraron cuatro décadas y abarcaron tres continentes.

Al final, por supuesto, Roma salió victoriosa y Mitrídates perdió su reino y su vida, pero las guerras mitridáticas empujaron a la República romana, ya tambaleante por las revueltas de esclavos y la violencia interna, al borde de la autodestrucción y la reinvención forzada. ¿Cómo llegó al poder este carismático líder, considerado un «rey salvador» largamente esperado por sus seguidores en Oriente Próximo? ¿Cómo orquestó en secreto un ataque terrorista tan cuidadosamente coordinado contra 80 000 civiles romanos en el año 88 a. C.? ¿Cómo fue capaz de resurgir con nuevos ejércitos incluso después de devastadoras derrotas militares? ¿Cómo logró eludir la captura

durante casi 40 años? Las inevitables comparaciones con acontecimientos recientes y actuales saltan a la mente. Parece que vale la pena investigar cómo Mitrídates sumió a los romanos en el caos financiero y los atrajo a una serie de costosas guerras en Oriente Próximo, de las que la República nunca se recuperó. Muchos romanos simpatizaban con sus ideales, y el Imperio del Mar Negro de Mitrídates y sus nuevas políticas ofrecían una alternativa genuina al opresivo dominio romano. Tras las guerras mitridáticas, Roma modificó y suavizó sus duras políticas coloniales de impuestos y tributos. Hasta ahora, su historia se ha contado desde el punto de vista de los vencedores. Parece un ejercicio valioso tratar de comprender la perspectiva de Mitrídates y sus seguidores en su desafío a una antigua superpotencia occidental que consideraban una fuerza del mal, con el fin de mejorar nuestra comprensión del pasado y del presente.

¿Qué fue lo que te atrajo inicialmente de este rey tan complejo y enigmático de la Asia helenística? Teniendo en cuenta tus investigaciones previas sobre tecnología antigua, guerra y venenos, supongo que era solo cuestión de tiempo que Mitrídates captara tu atención.

Descubrí a Mitrídates hace más de una década, cuando estaba recopilando información para mi libro sobre los orígenes y el uso de armas y tácticas no convencionales en la antigüedad, *Fuego griego, flechas envenenadas y escorpiones. La guerra química y biológica en la Antigüedad*. Lo que inicialmente despertó mi curiosidad fue el conocimiento de Mitrídates sobre los venenos

y sus experimentos científicos para perfeccionar un «antídoto universal» que lo protegiera de todas las toxinas. También me interesó el uso que hicieron sus aliados de llamas inextinguibles, flechas envenenadas e

«Muchos romanos simpatizaban con sus ideales, y el Imperio del Mar Negro de Mitrídates y sus nuevas políticas ofrecían una alternativa genuina al opresivo dominio romano».

incluso miel tóxica contra los ejércitos romanos enviados para derrotarlo. A medida que profundizaba en las antiguas fuentes literarias, me cautivó el carácter de cuento de hadas de la extraordinaria historia de la vida del rey: descendiente de Alejandro Magno y de la realeza persa; brillante toxicólogo; maestro del arte del escapismo; audaz líder rebelde, que cabalgó hacia la batalla con una compañera parecida a una amazona que se convirtió en su amante y última reina. (Un amigo íntimo, alarmado por mi simpatía hacia Mitrídates, se refirió al rey como «un asesino en masa de un pequeño reino del mar Negro que se hizo rico y famoso

burlándose de un gran imperio, y vivió hasta una edad avanzada mientras se divertía demasiado con las mujeres y las drogas»).

Me sorprendió mucho descubrir que la biografía más reciente y moderna de este intrigante personaje había sido publicada en 1890 por Theodore Reinach (1860-1928) en francés y alemán, pero nunca se tradujo al inglés. Impulsado por el deseo de comprender las motivaciones de Mitrídates, busqué en fuentes antiguas para obtener información más allá de la influencia de Roma y busqué claves para comprender la compleja y paradójica personalidad de Mitrídates: ¿Por qué él y sus seguidores odiaban tan profundamente a los romanos? ¿Cómo se explicaba el amplio apoyo popular a su causa revolucionaria? ¿Cómo pudo alguien que se consideraba a sí mismo un «salvador» cometer actos tan crueles y, al mismo tiempo, perseguir ideales humanistas: liberar a esclavos y prisioneros de guerra; compartir su riqueza con sus soldados; cancelar deudas; ampliar los derechos de los ciudadanos; y restaurar los ideales democráticos griegos? Y, por supuesto, sus experimentos científicos con venenos vegetales, animales y minerales –y sus antídotos– constituían una lectura maravillosa y resultaron contener varios hitos hasta entonces desconocidos en la historia de la medicina y la toxicología.

Aunque aclamado por los griegos como libertador y héroe, Mitrídates fue el principal obstáculo para la hegemonía romana en el Mediterráneo y el mar Negro. En un momento dado, su imperio se extendía desde el mar Egeo hasta Crimea. Aparte de las guerras mitridáticas (88-84 a. C., 83-81 a. C. y 75-63 a. C.), Mitrídates es quizás más conocido por ser el famoso instigador de las masacres de colonos romanos en varias ciudades de Anatolia, en las que murieron miles de personas en el año 88 a. C. ¿Podría comentar en qué medida participaron en este crimen los miembros de la élite no romana? Tengo curiosidad por comprender un poco más la demografía que hay detrás de este acto.

Los historiadores han asumido durante mucho tiempo que solo las turbas de la clase más baja debieron llevar a cabo la matanza de hombres, mujeres, niños, comerciantes y traficantes de esclavos romanos desprevistos, además de recaudadores de impuestos y tributos,

en varias ciudades, entre ellas Pérgamo, Éfeso, Tralles, Cauno, Quíos y Adramitio. Sin embargo, recientemente, los estudiosos han revisado los relatos antiguos de numerosas fuentes y ahora concluyen que personas comunes de todas las clases y grupos étnicos –anatolios nativos, griegos, judíos y persas– participaron en el complot para matar a los romanos. Todos estos grupos tenían motivos de peso para detestar el duro dominio de Roma y su corrupto sistema tributario, que estaban llevando a individuos, familias e incluso ciudades enteras a una profunda deuda o a la bancarrota.

Por lo tanto, la orden de Mitrídates de matar a los romanos atrajo a personas de todas las clases sociales y económicas.

Hay que tener en cuenta que muchos de los colonos romanos habían obtenido sus casas y tierras de ciudadanos locales que habían perdido sus propiedades a

manos de los voraces recaudadores de impuestos romanos. Además, muchas familias locales habían perdido a sus propios hijos debido a la insaciable demanda romana de esclavos procedentes de la provincia de Asia. Por último, a los ojos de las culturas de Anatolia, influenciadas por Persia, la esclavitud y la deuda eran armas perversas de las fuerzas de la oscuridad y el engaño –representadas por Roma– en contraste con los ideales zoroástricos de libre albedrío, verdad y luz.

Al leer *El rey del veneno*, lo que más me intrigó fue la fuerte relación de Mitrídates con los armenios, concretamente con su amigo, aliado y yerno, Tigranes II de Armenia (r. 95-55 a. C.). ¿Podría comparar con nuestros lectores cómo y por qué estos dos hombres, con personalidades y estilos de gobierno tan diferentes, se convirtieron en socios políticos tan cercanos en el antiguo Oriente Próximo?

He reflexionado más detenidamente sobre su amistad desde que me pidieron que contribuyera con un capítulo a un volumen sobre la historia de las relaciones turco-armenias que se publicará en Turquía, un hito importante dada la historia moderna de animosidad entre las dos naciones. Ponto limitaba con la escarpada frontera de Armenia y ambas tierras habían formado parte del Imperio persa. Mitrídates, al igual que Tigranes, heredó antiguas responsabilidades religiosas iraníes en el culto al fuego de Ahura Mazda y Mitra. Ambos reyes ejercieron como magos principales de los magos zoroástricos en sus imperios, llevando a cabo

ceremonias tradicionales del fuego en las cimas de las montañas. Mitrídates, medio griego y descendiente de Darío I de Persia (r. 550-486 a. C.), también compartía con Tigranes importantes valores culturales persas, como montar a caballo, la arquería, cazar, la lealtad, la honestidad y la autonomía, y ambos mantenían grandes harenes, además de reinas oficiales. Mitrídates era más sofisticado, mundano y astuto en sus relaciones con Roma; por el contrario, Tigranes, más tradicional y educado en Persia, pasó la mayor parte de su vida como rehén real en regiones remotas de Partia.

En busca de una alianza fuerte y fiable en la región del mar Negro, Mitrídates dirigió su atención hacia el este, a Armenia, que estaba muy lejos de la atención de Roma. Armenia era un aliado natural; Tigranes estaba consolidando su propio imperio independiente al sur, desde Armenia hasta Partia, por lo que sus ambiciones no chocaban. Para sellar su alianza, Tigranes se casó con la hija favorita de Mitrídates, Cleopatra (nacida en 110 a. C.), que se convirtió en su reina y compañera incondicional durante el resto de su vida. Según todos los indicios, aunque sus caracteres y estilos de gobierno eran diferentes, ambos hombres eran decididos, enérgicos y ambiciosos, pero no rivales, lo que les permitió convertirse en buenos amigos además de aliados. Disfrutaban alojándose en los pabellones de caza de Tigranes en sus fincas forestales y montañosas. Probablemente conversaban en griego, la lengua de las cortes helenísticas, aunque Mitrídates también sabía parto y armenio. Creo que es probable que Mitrídates compartiera su «antídoto universal» secreto con Tigranes, su leal amigo que le ofreció refugio en Armenia en dos ocasiones durante las guerras mitridáticas e incluso accedió a unir fuerzas bajo el mando de Mitrídates para enfrentarse a los romanos.

¿Por qué comparte la opinión del historiador italiano Mastrocinque de que el famoso mecanismo de Anticitera podría tener su origen en el reino del Ponto durante el reinado de Mitrídates? En su biografía, usted menciona brevemente esta teoría.

Me convence el argumento de Mastrocinque de que el célebre mecanismo o «dispositivo» de Anticitera, a menudo considerado el primer ordenador del mundo, fue saqueado del reino de Mitrídates por Lúculo (118-57/56 a. C.), el comandante romano que persiguió a Mitrídates en la Tercera Guerra Mitridática hasta que fue sustituido por Pompeyo. Los historiadores siguen sugiriendo que el mecanismo debió de pertenecer a un romano que vivía en Rodas, pero no pueden explicar por qué se encontró en un barco cargado con montones de tesoros saqueados de las ciudades de Mitrídates, que se hundió de camino a Roma.

Mastrocinque sugiere que un misterioso mecanismo astronómico –un preciado trofeo saqueado de Sinope, la capital de Mitrídates, por Lúculo y mencionado por el filósofo griego Estrabón (64/63 a. C.-c. 24 d. C.) como «el globo de Billarus»– era en realidad el famoso instrumento científico que hoy se conoce como el mecanismo de Anticitera (llamado así por la isla griega cercana al lugar del naufragio). Sabemos que Mitrídates atrajo a los mejores ingenieros, filósofos e inventores a su corte y que tenía un gran interés por las innovaciones tecnológicas y las máquinas, coleccionando todo tipo de objetos preciosos. Creo que no hay duda de que el mecanismo de Anticitera perteneció al propio Mitrídates o a alguien del círculo del rey.

El rey del veneno incluye historias contrafactuales, que le permiten llenar el vacío entre los relatos que han sobrevivido y los hechos contextuales con una variedad de fuentes. ¿Cree que la historia alternativa o contrafactual es un enfoque que los historiadores deben utilizar con precaución? Además, ¿alguna vez le preocupó estar ampliando demasiado el alcance de su investigación al investigar la vida de una figura histórica tan fascinante?

Las figuras históricas que se convierten en leyendas en su propia época atraen narrativas que intentan llenar o plantear preguntas hipotéticas sobre las partes que faltan de sus vidas. En el caso de Mitrídates, este impulso se hizo evidente en la Edad Media, cuando muchos artistas y escritores especularon sobre los detalles de la vida de Mitrídates y su forma de morir; Boccaccio (1313-1375) y Christine de Pizan (1364-c. 1430), por ejemplo, reflexionaron sobre la tentadora relación de Mitrídates con la valiente guerrera llamada Hipícratea, que se describe brevemente en dos obras históricas de la Antigüedad que han sobrevivido, de Valerio Máximo (fl. 14-37 d. C.) y Plutarco (46-120 d. C.). La naturaleza incompleta de los registros históricos antiguos obliga a los buenos historiadores-detectives –especialmente a los biógrafos– a recurrir a la especulación y las conjeturas para presentar un relato coherente de lo que sucedió. Muchos historiadores se basan en lo que se sabe o se da por sentado sobre la economía, la geografía, la topografía, las influencias culturales, las alianzas políticas, etc. de la antigüedad para reconstruir los elementos que faltan en los registros antiguos, asegurándose de informar a los lectores cuando están llenando los vacíos.

Los experimentos mentales históricos conocidos como «contrafactuales» son un enfoque relacionado, que explora escenarios alternativos como herramientas para comprender mejor el significado y

las consecuencias de los acontecimientos históricos. Ambos enfoques requieren, como usted sugiere, prudencia y cautela para equilibrar «el uso científico de la imaginación» con la fidelidad a lo que era posible, plausible y probable en las condiciones que existían en un momento y lugar determinados. En mi biografía de Mitrídates, me esforcé por señalar al lector cada caso en el que desarrollé la historia basándome en hechos conocidos, fuentes literarias y pruebas arqueológicas, tanto antes como después de los pasajes relevantes. También identifiqué claramente los casos en los que describí escenarios lógicos sobre cómo podrían haberse desarrollado ciertos acontecimientos documentados en fuentes antiguas. Quería abarcar lo más posible, siguiendo las reglas establecidas por otros historiadores respetados, como John Lewis Gaddis, para presentar una imagen holística y atractiva de Mitrídates en su época y lugar.

¡No puedo terminar nuestra entrevista sin hacerle al menos una pregunta relacionada con el veneno!
¿Por qué Mitrídates estaba tan interesado en el veneno y qué es el «antídoto de Mitrídates»?

¿Por qué Mitrídates estaba tan obsesionado con los venenos? Se me ocurren varias razones:

1. El reino de Mitrídates en Ponto (situado en el noreste de Turquía) estaba curiosamente «bendecido» con una gran abundancia de plantas, animales y minerales venenosos. Todos estos agentes tóxicos eran bien conocidos en la antigüedad y se utilizaban con fines nefastos. Entre las plantas venenosas se encontraban el acónito (monje), el eléboro, la belladona, los tejos, la cicuta, la azalea y el rododendro. Había numerosas serpientes venenosas. Entre los minerales importantes que se extraían en su tierra natal se encontraban el oro, la plata, el cobre, el mercurio, el azufre y el realgar (arsénico), así como otros minerales raros utilizados para pigmentos y medicinas.
2. Las fuentes antiguas informan que Mitrídates comenzó a experimentar con venenos desde muy joven; un historiador (Memnon) incluso afirma que comenzó a envenenar a personas en su infancia. Eso es una exageración, pero la

«la infancia de Mitrídates estuvo sin duda plagada de envenenamientos reales y amenazas de asesinato por envenenamiento. Cuando tenía unos 12 años, su propio padre fue envenenado en un banquete, y su madre, como regente, intentó envenenar a su hijo mayor para asegurarse el poder a través de su hijo menor, más maleable».

infancia de Mitrídates estuvo sin duda plagada de envenenamientos reales y amenazas de asesinato por envenenamiento. Cuando tenía unos

12 años, su propio padre fue envenenado en un banquete, y su madre, como regente, intentó envenenar a su hijo mayor para asegurarse el poder a través de su hijo menor, más maleable. Mitrídates vivió en una época de traición, sospechas, conspiraciones y paranoia justificada sobre el envenenamiento, que era un método común de asesinato en su entorno. El arsénico era la «droga de sucesión» preferida, fácil de conseguir y difícil de detectar.

3. Mitrídates no solo temía por su vida desde muy temprana edad, sino que era un científico fascinado por el principio de que las sustancias tóxicas, *pharmaka*, podían utilizarse para bien o para mal, dependiendo de la dosis. Creo que esta fascinación e interés por la toxicología experimental pudo estar inspirado por el trabajo de dos predecesores reales. El abuelo de Mitrídates, Farnaces (fl. 190 a. C.-c. 155 a. C.), había descubierto una panacea, o planta curativa. El «loco» rey Atalo III de la cercana Pérgamo (que murió en 133 a. C., justo antes del nacimiento de Mitrídates) también pudo haber sido un modelo a seguir. Como muchos reyes helenísticos de esta época, Atalo III tenía un gran interés por las actividades científicas, especialmente por la toxicología vegetal. Cultivaba plantas saludables y beneficiosas y las mezclaba con todas las venenosas mencionadas anteriormente. Esta práctica llevó a los observadores a pensar que estaba loco, pero yo creo que Atalo III estaba llevando a cabo experimentos con antídotos.

Mitrídates continuó con estos experimentos en su intento por elaborar un antídoto «universal», probando venenos y remedios en criminales condenados, en sus amigos e incluso en sí mismo. La profunda curiosidad e intelecto de Mitrídates, su agudo interés científico, sus amplios conocimientos de toxicología y sus largos experimentos no solo le otorgaron un gran poder sobre su corte y sus enemigos, sino que también sirvieron para protegerlo a él y a sus amigos de complots con veneno. Disfrutó de una salud

robusta hasta los 70 años, antes de verse obligado a suicidarse, y su amigo Tigranes vivió hasta bien entrados los 80, en una época en la que la esperanza de vida media era de solo 35-40 años.

El llamado *Mitradatium* fue la receta más popular del mundo durante más de 2000 años. ¡Se vendió por última vez en Roma en 1984, aunque parezca increíble! ¿Cuál era la receta exacta? Se ha perdido. Sin embargo, tenemos una idea bastante clara de algunos de los ingredientes y los avances científicos modernos están revelando cómo podría haber funcionado el antídoto, o al menos algunos de los conceptos que subyacen a las investigaciones toxicológicas experimentales de Mitrídates. Recientemente, unos arqueólogos cerca de Herculano, a las afueras de Nápoles, descubrieron una vasija que contenía residuos de lo que parece ser mitridato. Para obtener más detalles sobre las probables sustancias mezcladas en la receta especial del rey –según se informa, había más de 50 ingredientes– y para conocer algunos detalles históricos sobre cómo la fórmula secreta de Mitrídates pudo haber llegado a manos de los emperadores romanos, recomiendo el capítulo 11 de *El rey del veneno*.

¿Cómo crees que murió Mitrídates? ¿Fue suicidio o asesinato? Las pruebas provienen de dos fuentes que se contradicen entre sí.

Creo que cuando la revuelta liderada por su traicionero hijo atrapó a Mitrídates y a sus dos hijas pequeñas, Mitrídates se dio cuenta de que era el fin. Su mayor temor era que él y sus hijas fueran capturados vivos y exhibidos en el triunfo de Pompeyo en Roma. Era un temor realista. Admiraba a Aníbal, que se suicidó en una torre en Bitinia antes que ser capturado vivo por los romanos. Sería propio del carácter de Mitrídates suicidarse y matar a sus hijas para salvarlas de ser violadas por los romanos. Así que, dada su personalidad, creo en el relato del historiador Apiano de Alejandría (c. 95-165 d. C.) de que Mitrídates tomó veneno y luego su guardaespaldas Bituitus terminó el trabajo con una espada. Luego, como informa el historiador romano Dion Casio (c. 150-235 d. C.), los soldados de su hijo irrumpieron en la torre con la esperanza de capturarlo vivo y, frustrados, mutilaron el cuerpo del rey.

La leyenda que surgió sobre el intento fallido de Mitrídates de suicidarse con veneno –porque se había vuelto inmune a todas las toxinas– es concisa, pero poco creíble. Probablemente la historia fue inventada por sus enemigos, los romanos, que disfrutaban de la ironía poética de la idea. Pero el escenario plantea serios problemas de lógica. Los historiadores antiguos mencionan que Mitrídates llevaba una píldora suicida en la empuñadura de su daga o espada, y

que proporcionaba píldoras venenosas a sus oficiales y amigos, y además que algunos de ellos las utilizaron con éxito para suicidarse y evitar ser capturados por los romanos. Sin embargo, si su régimen diario de antídotos era eficaz contra los venenos, como aparentemente creía Mitrídates, ¿qué sentido tenía entonces su precaución de llevar consigo veneno para suicidarse en todo momento?

Una forma de sortear el problema lógico es que Mitrídates conociera un veneno mortal contra el que no se había inmunizado ni había incluido antídotos en su «antídoto universal» diario. En ese caso, sería razonable sugerir que llevaba consigo una dosis letal cuidadosamente medida de un veneno de acción rápida que no formaba parte de su antídoto diario. Mitrídates había probado cientos de venenos en seres humanos, por lo que sabía qué droga y en qué dosis provocaría una muerte rápida en caso de emergencia.

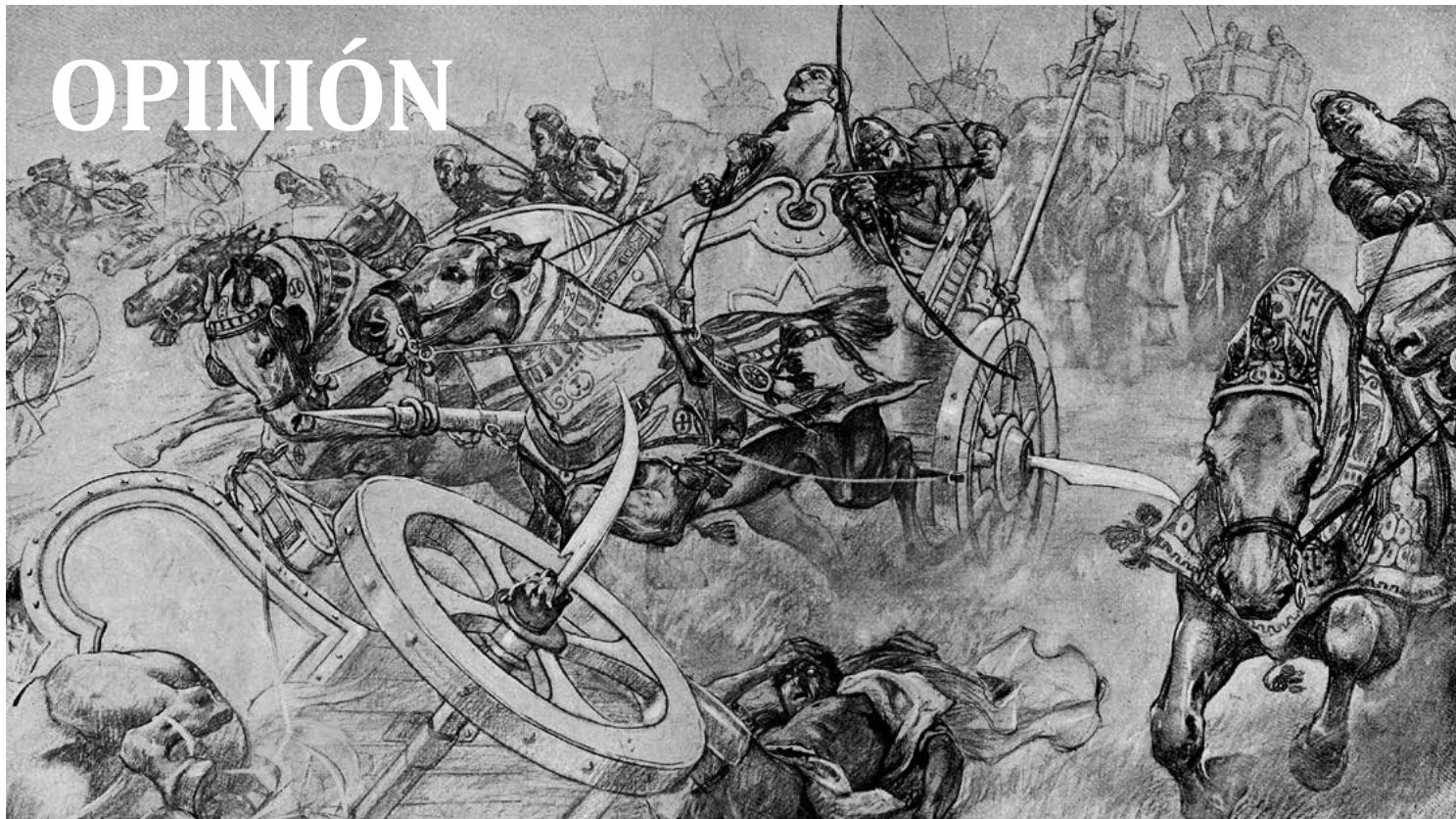
Pero si su dosis diaria de mitridato no era realmente un escudo eficaz contra los venenos, ¿por qué la dosis calculada con precisión no surtió efecto cuando la tomó en la torre para evitar que los romanos lo hicieran prisionero? En mi opinión, hay una explicación razonable, pasada por alto por los historiadores antiguos y modernos: atrapado en la torre con sus dos hijas pequeñas, Mitrídates solo llevaba una dosis de veneno. Los historiadores antiguos relatan que compartió esta única dosis con sus dos hijas, y que fue suficiente para matarlas. Esta acción habría reducido la dosis restante al menos a la mitad. Lo que quedaba era insuficiente para matar a un hombre adulto. ¡Misterio resuelto! Pero los romanos prefirieron contar una historia que se burlaba del «rey del veneno» en lugar de reconocer que sacrificó su propio suicidio seguro para proteger a sus hijas pequeñas de la captura.

Dra. Adrienne Mayor, gracias por presentarnos a Mitrídates y su mundo de batallas, política de poder y veneno. ¡Estamos deseando saber adónde le llevará su investigación a continuación!

AM: ¡Gracias por la oportunidad, James! Ha sido un placer. ¡Le deseo lo mejor a usted y a Ancient History Encyclopedia!

Traducción adaptada de la entrevista publicada en World History. [Lee el original íntegro aquí.](#)





Mitrídates el Grande, el rey que hizo temblar Roma por David Hernández de la Fuente

El apasionante ensayo de Adrenne Mayor arroja luz sobre la vida del monarca de Ponto, uno de los mayores enemigos del Imperio Romano durante el siglo I a. C.

La vida de Mitrídates VI Eupator Dionisio, también conocido como Mitrídates el Grande, rey del Ponto y formidable rival de la Roma republicana, está envuelta en las brumas de la leyenda. Su vida parece marcada por las señales heroicas de todos los tiempos y todas las mitologías. Su mito, por supuesto, tuvo una enorme pervivencia posterior y fascinó no solo a sus enemigos romanos –tanto como otros enemigos legendarios de Roma de la talla de Aníbal–, sino también a la posteridad, como prueban el «Mithridate» de Jean Racine (1673) o el «Mitridate, re di Ponto», la más temprana ópera de Mozart (1770). Se dice que su nacimiento y su ascensión al trono estuvieron marcados por la aparición de un cometa que se pudo ver durante dos largos meses, entre otras señales del hombre divino y providencial que fue. Pero es posible también investigar los datos históricos sobre sus hazañas. Precisamente acaba de salir a la luz una apasionante biografía escrita por Adrienne Mayor bajo el título «Mitrídates el Grande», merced a los buenos oficios de Desperta Ferro Ediciones, que propone un exhaustivo y bien documentado e ilustrado recorrido por la peripecia del soberano oriental que puso en jaque a Roma durante años. El libro de Mayor destaca de forma atractiva los paralelos de la lucha entre Roma y el Ponto como uno de los primeros

choques entre Occidente y Oriente, con interesantes comparaciones con la posteridad, y a la vez contrasta las fuentes históricas con el mito mitridático.

La aventura comienza en 120 a. C., cuando Mitrídates V Evergetes es envenenado en un banquete acaso por su esposa y madre del joven Mitrídates VI, que tiene que escapar a los bosques: su leyenda afirma que vivió desde los 8 a los 14 años como un animal salvaje en páramos y montañas, alimentándose de lo que encontraba, y que así acostumbró su cuerpo a las privaciones. A su regreso se dice que dio muerte a su madre y a su hermano –otras versiones más piadosas afirman que simplemente los depuso y encarceló– y que se casó con su hermana Laodice. La leyenda más conocida sobre él es que era inmune a los venenos a partir de su vida salvaje, de donde le vino la dureza proverbial de su cuerpo y que siempre experimentó, como quiere su figura literaria, con todo tipo de venenos y antídotos que hicieron de su cuerpo el de una suerte de superhombre. Así, incluso cuando, al final de sus días, quiso morir envenenado por su propia mano para no ser capturado por los romanos, falló toda ponzoña y tuvo que acudir a la espada después de un suicidio en grupo de sus familiares más cercanos.

Estratega y diplomático

Cuando se hizo con las riendas del trono, heredó un reino joven y pujante y de prometedor futuro, continuando la política expansionista de su padre Mitrídates V. Hábil

estratega y diplomático, supo unir a los diversos pueblos de Anatolia en contra de los romanos, cuya creciente influencia retrató como la de un enemigo común que iba a enseñorearse de aquellos lares. Rodeado de consejeros griegos, también se forjó una imagen propagandística inigualable: se tenía a sí mismo como un heredero de Alejandro Magno, por su estirpe materna, que también remontaba por linaje paterno hasta Darío I, el gran gobernante aqueménida que consolidó aquel enorme estado multiétnico. Con ello se perfilaba a sí mismo como heredero de todo el legado helenístico en el que confluían Oriente y Occidente, el conglomerado de pueblos bajo la égida persa y toda la carga simbólica y cultural del mundo griego. Con estas bazas pretendía aunar voluntades y erigirse en defensor de un mundo oriental que se resistía a ser asimilado por lo que consideraba la injerencia de unos bárbaros occidentales que hablaban latín y que, poco a poco, desde la toma de Corinto en 146 a.C., se habían ido expandiendo hacia el Oriente a costa de los estados herederos del mundo helenístico.

Comoquiera que sea, este rey políglota capaz, como afirma Plinio el Viejo, de hablar las decenas de lenguas de los pueblos que dominaba, supo recabar el apoyo de griegos y asiáticos, y orquestó hábilmente con los diversos soberanos de las ciudades del Asia Menor una matanza de romanos que alcanzó proporciones también legendarias. Se cuenta que de 80.000 a 150.000 personas fueron pasadas a cuchillo en 88 a.C. por sus convecinos en ciudades tan prósperas como Pérgamo o Efeso. Esa fue la excusa para que Roma, la gran potencia del Mediterráneo occidental, que aspiraba también a monopolizar la economía y la política de su parte oriental, interviniese en la región en las cruentas campañas conocidas como Guerras Mitrídates, que pusieron a prueba la pericia de los más destacados generales de la República romana. El primero fue nada menos que Sila, el prohombre romano que, tras expulsar a Mitrídates de Grecia, tuvo que interrumpir la campaña para enfrentarse a su rival Mario en las guerras civiles que comenzarían a asolar la República en esos años.

La caída del rey

A Sila le seguiría en el mando Lucio Licinio Lúculo, conocido proverbialmente con posterioridad por su gusto por la buena mesa y por la fortuna enorme que amasó en la región, que supo enfrentarse dignamente con Mitrídates y con su aliado Tigranes, rey de Armenia. Plutarco, en sus «Vidas paralelas de Cimón y Lúculo», que tuve el honor de traducir hace ahora diez años para la benemérita Biblioteca Clásica Gredos, pondera especialmente el papel de Lúculo aduciendo que fue él realmente, frente a Sila y Pompeyo, el causante del declive militar de Mitrídates. Dice Plutarco que «después de Lúculo no se produjo ninguna otra acción de Tigranes o de Mitrídates. Antes al contrario, este último, por un lado, ya debilitado y desarbola-

do por causa de los primeros combates, ni siquiera una vez se atrevió a mostrar sus fuerzas a Pompeyo fuera de sus acuartelamientos, sino que escapando hacia el Bósforo se marchó hacia allá y murió. Y por otra parte, Tigranes mismo se arrojó desnudo y desarmado ante Pompeyo, quitándose la corona de la cabeza y poniéndosela ante los pies, y adulando a Pompeyo no por sus propias hazañas, sino por aquellas que habían dado un triunfo a Lúculo. Al menos adoraba recuperar los símbolos de su realeza, de los que había sido despojado anteriormente. Más grande es, pues, el general, como sucede con el atleta que entrega a su oponente a su sucesor más debilitado después de él».

Pese a esto, Lúculo no pudo llevar a término la guerra y tuvo que ser Pompeyo, después de librarse de la amenaza de Sertorio, quien pusiera fin a la amenaza del peligroso rey del Ponto y lo exiliase. Los romanos, sin embargo, no pudieron vengarse de la afrenta de la matanza perpetrada y orquestada por Mitrídates y lo persiguieron por doquier en las montañas más alejadas del interior de Asia. No pudieron cobrarse la pieza y finalmente Mitrídates murió por su propia mano, o en un suicidio asistido, ya acorralado por los romanos. Fue el fin de una vida inolvidable que ya ha devenido leyenda, desde Plutarco a Mozart y más allá.

Un precedente del choque de civilizaciones

La peripecia de Mitrídates ha sido comparada posteriormente, por periodistas e historiadores, con la de otros rivales orientales de imperios occidentales, como una suerte de precedente de lo que Huntington llamaría un «choque de civilizaciones». Se ha destacado por ejemplo el paralelo con Osama Bin Laden, quien, después de realizar la matanza más espantosa en el corazón del imperio de nuestros días, también combatió en una guerra desigual a éste y burló su persecución, escapando a las represalias durante muchos años en las montañas del interior de Asia. Otro tanto pudo hacer Mitrídates durante casi dos decenios, conjurar las fuerzas armadas más poderosas del mundo en su época, las de aquella República romana que ya era en la práctica un imperio universal, plantándoles cara con destreza y estrategia y finalmente escapando a su venganza hasta que, al fin, fue encontrado y muerto. Otros precedentes de este casi proverbial encontronazo entre Oriente y Occidente en la antigüedad que han sido citados periodísticamente son la guerra de Troya, las Guerras Médicas o la Anábasis de Jenofonte; pero, obviamente, como en el caso que nos ocupa, las diferencias con el mundo actual son enormes y no conviene simplificar en busca de paralelismos.

[Leer el original íntegro aquí.](#)

LA RAZÓN

DOSIER DE PRENSA





SUMARIO

El rey del veneno contado por Adrienne Mayor

SUMARIO

Los personajes extremadamente carismáticos siempre han atraído sobre sí mismos la fascinación popular. Cuando explicaba el magnetismo de los «tipos malos de la Antigüedad» (y de la Modernidad), Edward Champlin, biógrafo de dos emperadores romanos con muy mala prensa como fueron Nerón y Tiberio, recordaba una verdad fundamental: los llamados «héroes» no siempre fueron buenas personas. Muchas de las figuras históricas más reverenciadas perpetraron actos deplorables, e incluso sus errores fatales no necesariamente mancillaron su pátina heroica: la nobleza en la derrota también podía contribuir a su gloria.

Combinando la historia de la ciencia, la historia militar y la biografía, narraré la historia del genio, el carisma y el idealismo de un rey que terminó por ser destruido por un poderoso imperio que no podía tolerar competencia alguna. Mitrídates, capaz de los actos más salvajes pero también de la compasión más galante, tenía una personalidad paradójica. Era un monarca persa que idealizaba la democracia ateniense y despreciaba a los romanos como bárbaros incivilizados. Frente a la visión típica de la Antigüedad clásica que opone el Occidente civilizado (Grecia y Roma) al Oriente bárbaro (Persia); el sueño de Mitrídates era el de unir las grandes culturas de Grecia y Oriente para resistir el empuje aparentemente imparable del Imperio romano. Con semejante ideal, que lo enfrentaría a retos imposibles, Mitrídates no hizo sino materializar durante más de medio siglo el proyecto de Alejandro Magno de un nuevo y heterogéneo Imperio grecoasiático.

En definitiva, mi propósito es el de trazar un retrato tridimensional, holístico, de Mitrídates y su mundo, profundizando además en su complejo legado. Mitrídates fue un filoheleno elocuente y erudito, admirador de Alejandro Magno pero orgulloso heredero de Ciro y Darío de Persia; un bravo guerrero, un brillante estratega y un taimado envenenador; un jugador audaz, un brillante investigador; un amante ávido, un padre impredecible y un gran conocedor de las artes y el teatro; un escapista experto, a veces un verdadero terrorista, y siempre un implacable enemigo para el Imperio romano. Pero el legado vital de Mitrídates en el

arte, la música, la literatura y la ciencia es también una parte importante de esta historia. Esta es la primera biografía que toma en cuenta la leyenda que rodeó a Mitrídates desde su mismo nacimiento y hasta el día de hoy. Para iluminar su vida y su mito, he recurrido a la mayor cantidad posible de fuentes: desde los historiadores de la Antigüedad a los más modernos, desde los más recientes descubrimientos numismáticos, arqueológicos, epigráficos y farmacológicos a las crónicas medievales, el folclore gótico, las tragedias europeas, las óperas, la ficción moderna y la poesía.

Como sucedía con las paradójicas toxinas y antídotos que Mitrídates intentó controlar, su figura en sí misma era una espada de doble filo, corrosiva con la depredadora República romana y protectora con las víctimas de aquella. En última instancia, Roma salió victoriosa, pero Mitrídates probó al mundo que el flamante Imperio romano no era invencible. Obligó a los romanos a conquistar y ocupar Oriente Medio, todo un foco de perpetuos problemas para el imperio. Su causa popular forzó a los romanos a replantearse sus políticas imperiales. La larga persecución de un enemigo tan formidable coincidió con la muerte de los antiguos ideales romanos del honor y la libertad. Mitrídates ayudó a definir los límites de la resistencia frente la violencia y a preparar el camino para los nuevos métodos de lucha contra la tiranía, todo ello en plena transición entre la República y el Imperio, entre la antigua era y la nueva.

La biografía de Mitrídates reclama nuestra atención. Puede que al principio sean los paralelismos modernos los que atraigan nuestro interés, pero a medida que el lector curioso se interne en las antiguas narrativas se verá arrastrado por la audacia entregada, el desafío épico y los claroscuros de la traición y la venganza, la compasión y el idealismo, los sueños más nobles y las más angustiosas pesadillas, por no hablar de los seductores misterios sin respuesta. La increíble saga de Mitrídates es toda una historia.

A MODO DE CONTEXTO

«Hace mucho tiempo, en un lugar muy lejano,
en un pequeño reino junto al mar, un cega-

dor cometa apareció por el Este presagiano el nacimiento de un gran príncipe que se atrevería a combatir contra el más poderoso de los imperios. Aún permanecía en la cuna cuando la caída de un rayo señaló su grandeza. Cuando todavía era un niño, sus enemigos en el castillo envenenaron a su padre, el Rey. Su propia madre, la Reina, intentó acabar con el joven Príncipe, pero este logró escapar y vivió en las tierras salvajes, como Robin Hood, durante siete años. Se hizo fuerte y valiente y aprendió los secretos de los venenos y sus antídotos. Al fin, el Príncipe regresó a sus dominios y mató a la malvada Reina. Se convirtió en un amado Rey y gobernó sobre muchas naciones. Cuando el poderoso Imperio del otro lado del mar invadió sus fronteras, las gentes de todo el reino acudieron para unirse con él en la gran guerra. Las batallas contra el Imperio se desarrollaron durante toda su vida. Varias reinas hermosas se sucedieron a su lado, pero el Rey encontró el verdadero amor junto a la mujer que en la batalla le igualó en bravura. Cuando el Rey murió, un terrible terremoto anunció su final. Durante miles de años, las legendarias hazañas del gran rey serían recordadas y repetidas una y otra vez».

La historia suena como un cuento de hadas. Pero si a la fábula se añaden los datos documentados, esta se convierte en historia. Hacia 120 a. C., Mitrídates VI Eupátor el Grande, rey del Ponto, heredó un pequeño pero próspero reino a orillas del mar Negro, al noreste de la actual Turquía. Mitrídates es un nombre persa traducible como «enviado por Mitra», el antiguo dios solar iranio; en la propia Antigüedad se emplearon dos ortografías alternativas para anotarlos: las inscripciones griegas optaron por *Mitrádates*, en tanto que los romanos prefirieron Mitrídates. Por su condición de descendiente de la realeza persa y de Alejandro Magno, el monarca se veía a sí mismo como un puente entre Oriente y Occidente y como defensor del Este frente a la dominación romana. Líder complejo de notable inteligencia y feroz ambición, Mitrídates se atrevió a poner en jaque a la tardía República romana, primero con una estremeceadora masacre y a continuación con una serie de guerras que se prolongaron durante casi cuarenta años.

El envenenamiento era un arma política tradicional. El padre de Mitrídates murió envenenado, y el propio Mitrídates frustró varias conjuras que intentaban acabar también de este modo con su vida. Ya desde niño soñaba con volverse inmune a los venenos y, tras centenares de experimentos, terminó desvelando una paradoja farmacológica que todavía hoy se estudia: los venenos pueden

ser tan beneficiosos como letales. Muchos creen, de hecho, que su peculiar antídoto estimuló su celebrado vigor y longevidad. A su muerte, el llamado elixir de Mitrídates sería consumido por emperadores romanos, mandarines chinos y reyes y reinas europeas, inspirando un gran *corpus* de tratados científicos sobre el dominio de la toxicología del rey del veneno, si bien este es el primer libro que analiza la inspiración y los principios científicos que había detrás del antídoto de Mitrídates. Pero el rey fue también un erudito patrón de las artes y las ciencias, sus ingenieros militares diseñaron el primer molino hidráulico así como máquinas de asedio tecnológicamente muy avanzadas, y parece ser que el críptico mecanismo de Anticitera, el primer ordenador de la historia, fue una de sus posesiones más preciadas.

Con el reclutamiento de enormes ejércitos étnicamente heterogéneos procedentes de tierras remotas, Mitrídates proyectaba crear un poderoso Imperio del mar Negro que rivalizara con el Imperio romano. Consiguió magníficas victorias, pero también sufrió devastadoras derrotas en algunas de las batallas más espectaculares de la Antigüedad. Forzando a los romanos a internarse en tierras hostiles, Mitrídates les obligó a conquistar y ocupar ricos territorios que en principio solo pretendían saquear. Los mejores generales romanos vencieron batalla tras batalla, pero nunca fueron capaces de atrapar al último monarca «bárbaro» que desafió al coloso romano. Sus seguidores le reverenciaban como el largamente esperado salvador de Oriente; los romanos lo conocían simplemente como el Aníbal oriental.

Mitrídates se convirtió en leyenda en su propio tiempo. Tras las largas Guerras Mitrídicas, incluso los romanos desarrollaron una reticente admiración por el que había sido su enemigo más pertinaz. Mitrídates gozó así de una pintoresca vida más allá de la muerte en el arte, la música y la literatura (*vid.* Apéndice II). Los artistas medievales crearon horribles visiones de su reinado, caracterizándolo como un «Caballero Negro», azote de los crueles tiranos romanos. Maquiavelo lo elogió como un valiente héroe y su historia fascinó a Luis XIV. Inmortalizada su figura en la tragedia del genial dramaturgo francés Racine, Mitrídates y su fatídico harén inspiraron incluso la primera ópera de un Mozart que, a la sazón, contaba solo 14 años. Los poetas también celebraron al rey del veneno: el británico A. E. Housman (*vid.* pág. 290) finalizaría uno de sus poemas con un rotundo *I tell the tale that I heard told. Mithridates, he died old*³ [Cuento la historia que una vez me contaron. Mitrídates murió anciano]. Pero incluso los detalles sobre las últimas horas de Mitrídates, sobre su muerte y enterramiento, permanecen rodeados por el misterio.

Durante dos milenios, los extraordinarios logros militares y científicos de Mitrídates hicieron de él un

personaje popular, uno de los protagonistas del conocido elenco de la República romana, a la altura de Aníbal, Espartaco, Cleopatra y Julio César. Pero durante el último medio siglo el nombre y las hazañas de Mitrídates han comenzado a desvanecerse de la memoria popular. De todas las naciones que «entraron en conflicto directo con Roma», se lamentaba un escritor, «ninguna ha quedado tan olvidada como el Reino del Ponto. Sus hitos fronterizos han sido arrancados, sus templos han caído y de su mítico soberano tan solo nos restan leyendas tergiversadas».

Pero ciertas señales indican que la estrella de Mitrídates vuelve a ascender, a medida que historiadores y arqueólogos reconsideran las antiguas luchas contra el imperialismo y a medida que entre los científicos renace el antiguo sueño de un antídoto universal contra las armas químicas. Nuevas crisis convulsionan muchos de los territorios geoestratégicos en los que en el pasado Mitrídates gobernó, luchó y selló alianzas, territorios que resultan habituales en los titulares de los periódicos actuales: Grecia, Turquía, Armenia, Ucrania, Rusia, Crimea, Georgia, Chechenia, Azerbaiyán, Siria, Kurdistán, Irán o Irak. Cuando investigaba la increíble proeza que protagonizó Mitrídates al cruzar la cordillera del Cáucaso para presentar una última resistencia en Crimea, hube de revisar mapas de esa esquina del mundo, poco conocida pero históricamente tan esencial; en agosto de 2008, el Cáucaso emergió en la escena política internacional cuando el ejército ruso atacó Georgia (la antigua Cólquide), una antigua república soviética

independiente, a causa de las regiones en disputa de Osetia del sur y Abjasia. Invasores y refugiados hubieron de transitar por el mismo escabroso paso montañoso por el que viajó el ejército fugitivo de Mitrídates dos mil años antes.

De hecho, el nombre de Mitrídates quizá no resulte hoy demasiado popular en Occidente, pero su fama como luchador contra el imperialismo aún no se ha desvanecido en el Este. «Todo el mundo conoce la historia de la lucha entre Roma y Mitrídates», declaraba el gran historiador ruso Mijaíl Rostovtzeff, «todo el mundo recuerda que Mitrídates protagonizó su última resistencia» en el sur de Rusia. En algunas de las antiguas repúblicas de la Unión Soviética Mitrídates es aún todo un símbolo. Por ejemplo, en 1965 se publicó en Georgia una biografía de Mitrídates, y sendas novelas rusas sobre el zar Mitridate Yevpatorus vieron la luz en 1993 y 2004. Entre guerra y guerra se han llevado a cabo esporádicos estudios e investigaciones arqueológicas en el antiguo Imperio del mar Negro. Teniendo en cuenta la reciente oleada de envenenamientos políticos en Ucrania y Rusia, el eslogan de un bar de la antigua ciudad real de Panticapeo (la moderna Kerch) en el que se reta al cliente a tomar un trago en casa de Mitrídates parece toda una demostración de humor negro.

Y es que en los territorios que otrora gobernara Mitrídates o estuvieron aliados con él se le recuerda como un líder carismático que trató de oponerse a la invasión de Occidente. En Armenia y el Kurdistán, por ejemplo, mucha gente sigue considerando a Mitrídates (Mehrdad, Mirdad, Mhrtat) como un héroe nacional. Tras un largo periodo de olvido, en Turquía se está recuperando el interés por el primer gobernante que unificó y defendió a los diversos pueblos anatólios frente a los conquistadores extranjeros. En 2007, el historiador Murat Arslan publicó su discurso *Mithradates VI Eupator, Roma'nın Büyük Düşmanı* («El gran enemigo de Roma») sobre el «antiguo héroe anatólio, poco conocido y bastante descuidado hasta hoy». Arslan asemejaba a Mitrídates, en su defensa de Anatolia frente a los romanos, con Alejandro Magno salvando a Asia de la opresión del Imperio persa. El influyente historiador turco Sencer Sahin comparó a Mitrídates con el héroe nacional turco Atatürk, que combatió con éxito a los invasores extranjeros.

Arriba: extensión de los territorios de la República romana hacia 100 a. C. Abajo: «Imperio del mar Negro» al que aspiraba Mitrídates. Las zonas sombreadas indican la mayor extensión del poder y la influencia fluctuantes que alcanzó Mitrídates durante las Guerras Mitridáticas, incluyendo sus reinos, territorios conquistados y principales aliados, regiones todas ellas en las que el rey pudo reclutar sus ejércitos. Mapas de Michele Angel.



ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Dramatis personae

Cronología

Agradecimientos

Introducción

- 1 MATADLOS A TODOS, DEJAD QUE LOS
DIOSES ESCOJAN A LOS SUYOS
- 2 EN UN CASTILLO JUNTO AL
MAR HA NACIDO UN SABIO
- 3 LA EDUCACIÓN DE UN JOVEN HÉROE
- 4 LOS NIÑOS PERDIDOS
- 5 EL RETORNO DEL REY
- 6 NUBES DE TORMENTA
- 7 VICTORIA

8 TERROR

9 LA BATALLA POR GRECIA

10 EL BESO DE LOS ASESINOS

11 VIVIR COMO UN REY

12 UNA ESTRELLA FUGAZ

13 LOS REYES RENEGADOS

14 FIN DEL JUEGO

15 EN LA TORRE

Apéndice I

Apéndice II

Bibliografía

Índice analítico



DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

MATADLOS A TODOS, DEJAD QUE LOS DIOSSES ESCOJAN A LOS SUYOS

En la primavera de 88 a. C., los enemigos de Roma de docenas de ciudades de toda Anatolia (Asia Menor, la actual Turquía) ultimaban en secreto una conjura. Cuando llegara el día señalado, un mes después, se habían comprometido a asesinar a todos los romanos, hombres, mujeres y niños, que residían en sus territorios.

La conspiración fue planeada por el rey Mitrídates el Grande, que mantenía comunicaciones secretas con numerosos líderes locales de la nueva provincia romana de Asia (en la época, «Asia» se refería a los territorios situados entre el Egeo y la India; la provincia romana de Asia comprendía entonces el oeste de Turquía). La forma en que Mitrídates mantuvo sus planes en secreto continúa siendo uno de los mayores misterios de las labores de inteligencia del mundo antiguo. Los conspiradores acordaron reunir y masacrar a todos los romanos e itálicos que habitaban en sus ciudades, lo que incluía a mujeres, niños, esclavos e incluso descendientes de itálicos. Decidieron confiscar las propiedades de los romanos y arrojar sus cadáveres a los perros y a los cuervos. Todo el que tratara de avisar o proteger a los romanos o que intentara enterrar sus cuerpos debía ser duramente castigado. Por el contrario, los esclavos que hablaran cualquier otra lengua distinta del latín serían perdonados, y aquellos que colaboraran en el asesinato de sus amos resultarían premiados. Quienes acabaran con los prestamistas romanos verían canceladas sus deudas. Incluso se ofrecieron recompensas a escondidas para los informantes y los asesinos de romanos.

El mortífero plan funcionó a la perfección. Según diversos historiadores antiguos, aquel día fueron masacrados en Anatolia y las islas del Egeo al menos ochenta mil romanos e itálicos, puede que hasta ciento cincuenta mil. Las cifras son escalofriantes, es posible que algo exageradas, pero en ningún caso falsas. Desconocemos los datos demográficos del siglo I a. C., pero sí sabemos que un gran número de comerciantes itálicos y de nuevos ciudadanos romanos pululaban por las tierras recientemente conquistadas en la expansión que Roma protagonizó en los últimos tiempos de la República. Los detalles del sangriento ataque fueron recogidos por el historiador romano Apiano, cuyas informaciones se basaron parcialmente en las memorias de Cornelio Sila, el general romano despachado por el Senado para vengar

la matanza. Otros pormenores nos llegan a través de las narraciones de los testigos y supervivientes, como P. Rutilio Rufo, un oficial romano que escapó de la masacre y redactó una historia del ataque y sus secuelas. E incluso algunos datos provienen de los combatientes enemigos y los documentos capturados por Sila en la guerra que estalló tras la matanza. Bien es cierto que las antiguas estadísticas a menudo derivan de suposiciones o exageraciones, pero incluso si la cifra más moderada de ochenta mil muertos fue amplificada, como algunos especialistas suponen, y hemos de reducir el balance de víctimas a la mitad, la escabechina de inocentes desprevenidos hubo de ser asombrosa. La escala de la masacre, de hecho, está fuera de toda duda: los historiadores modernos coinciden con las fuentes antiguas en que prácticamente todos los romanos e itálicos residentes en la provincia de Asia fueron aniquilados.

El plan fue meticulosamente sincronizado y se puso en práctica con ferocidad. En cuanto amaneció aquel fatídico día las masas derribaron las estatuas e inscripciones romanas erigidas en las plazas públicas. Conservamos crudos testimonios de lo que sucedió a continuación en cinco de las numerosas ciudades en las que los romanos fueron masacrados.

Pérgamo, una próspera urbe del oeste de Anatolia, se preciaba de haber sido fundada por el propio hijo de Hércules. Como muchas otras ciudades helenísticas habitadas por griegos que habían casado con gentes indígenas, Pérgamo, tras la muerte de Alejandro Magno (323 a. C.), había evolucionado hacia un híbrido entre un régimen democrático y una monarquía de tradición persa. En tanto que verdadero núcleo cultural de toda Asia Menor, Pérgamo contaba con una enorme biblioteca de doscientos mil pergaminos, un espectacular teatro con capacidad para diez mil espectadores y un monumental altar decorado con las esculturas de los dioses olímpicos derrotando a los gigantes. Gentes de todo el Mediterráneo acudían en busca de curación al famoso templo de Asclepio, dios de la medicina. Por todo ello, los romanos eligieron Pérgamo como la capital de su nueva provincia. Pero, a la altura de 88 a. C., la mayor parte del occidente asiático se había aliado con el rey Mitrídates, que se había apoderado del palacio real de Pérgamo y lo había convertido en su cuartel general.

CAPÍTULO 3

LA EDUCACIÓN DE UN JOVEN HÉROE

El padre de Mitrídates, Mitrídates V Evergetes («Benefactor»), heredó el próspero reino del Ponto hacia 150 a. C. Evergetes amplió el área de influencia del Ponto, se anexionó nuevas tierras e impulsó una ventajosa política de alianzas matrimoniales. Él y la reina Laodice tuvieron siete hijos y, para frustración de los historiadores, cumplieron con la tradición de llamar Mitrídates a sus dos retoños varones y Laodice a las dos primeras hijas. Los dos muchachos recibieron también sendos sobrenombres: nuestro Mitrídates fue apodado Dioniso desde la infancia, y más tarde también Eupátor («Buen Padre»), en tanto que su hermano menor fue llamado Mitrídates Cresto («El Bueno»). Las tres hermanas más pequeñas eran Nisa, Roxana y Estatira.

Para hacerse con el control de Capadocia, el reino al sur del Ponto, Evergetes casó a su hija mayor, Laodice (la hermana mayor de Mitrídates) con el niño rey Ariarates VI, cuya madre lo había aupado al trono tras envenenar a sus cinco hermanos. No olvidemos que el veneno era un método típico para dirimir la sucesión real en la época. Poco después de que una Laodice segura de sí misma y unos pocos años mayor que su marido llegara a la corte capadocia, su malvada suegra fue convenientemente asesinada.

En Sínopé, el mejor amigo de Mitrídates Eupátor era Dorilao, el sobrino huérfano del general Dorilao, que a su vez era el consejero militar y el amigo más leal del padre de Mitrídates. El pequeño Dorilao se crio en palacio como si de un hermano más de Mitrídates se tratara. Su familia, por cierto, estaba emparentada con la del geógrafo Estrabón, nacido en Amasya (Ponto) en 63 a. C., el año de la muerte de Mitrídates. Estrabón escribió con profusión y nostalgia sobre su tierra natal y los reinos aledaños, y a él le debemos unas vívidas descripciones de las impresionantes fortificaciones de Sínopé, sus agradables jardines, sus viejos huertos de melocotones y olivos, sus magníficos edificios de mármol, sus bellos templos, sus bulliciosos mercados y su nuevo gimnasio. Las narraciones de Estrabón también nos hablan del tipo de educación que el retoño de una familia aristocrática recibiría en el Ponto.

El propio Estrabón explica también cómo las Guerras Mitrídateas separaron a su familia. Su madre era la bisnieta del general Dorilao, y el tío de su madre, Moafernes (un nombre persa), era también un amigo de Mitrídates. Los tíos abuelos de Estrabón sirvieron a Mitrídates, y su abuelo paterno fue uno de sus comandantes, con mando sobre algunas fortalezas del Ponto. Casi al término de las Guerras Mitrídateas el abuelo

de Estrabón rindió a los romanos dichas fortalezas, aunque nunca recibió la recompensa que estos le habían prometido, algo que años después aún irritaría sobremanera a Estrabón.

Aún otras noticias vinculan a Estrabón con Mitrídates. La madre de Estrabón le envió a la escuela de Nisa, cerca de Trales, ciudades ambas que participaron en la matanza de romanos de 88 a. C. Más tarde Estrabón estudió con Tiranión, un erudito amigo de Mitrídates. Y el de Amasya menciona también a un pariente suyo llamado Teófilo, nombre que, a tenor de los vínculos promitrídateos de Estrabón, lleva a los biógrafos modernos a preguntarse si el geógrafo no estaría emparentado con Teófilo de Paflagonia, el guerrero contratado por los habitantes de Trales para exterminar a los romanos en 88 a. C. Al margen de esta intrigante cuestión, no obstante, Estrabón, un oriundo del Ponto con mucho que contarnos sobre el mundo de Mitrídates, se nos presenta como un caso típico de la herencia multicultural y el convulso devenir político de la Anatolia del siglo I a. C.

No en vano, en la tierra natal de Mitrídates se entremezclaban las influencias de los nativos anatólios, los colonos griegos, los persas y los macedonios llegados con Alejandro. La cultura griega estaba fuertemente asentada en las grandes ciudades de la costa egea, pero resultaba mucho menos perceptible en los puertos del mar Negro. El gran historiador ruso M. Rostovtzeff caracterizaba la influencia helénica en torno al mar Negro como «una fina cáscara griega en torno al tenaz núcleo nativo». Por último, en el corazón de Anatolia y en el Ponto predominaba la cultura indígena, fuertemente influida por las tradiciones persas.

Pero no olvidemos que el padre de Mitrídates era filoheleno y que el griego era el idioma oficial de la corte. En el palacio de Sínopé se codeaban y alternaban los embajadores y eunucos, los filósofos peripatéticos griegos y los piratas del mar Negro, los comerciantes políglotas y los tracios cubiertos de tatuajes, los encantadores de serpientes y los siniestros magos, los médicos más eruditos y los chamanes, los soldados y los aedos llegados de muy diversas tierras. Rodeado de semejante diversidad étnica y de tantos dialectos y procedencias, desde muy corta edad Mitrídates pudo dar rienda suelta a su talento natural para los idiomas. En este contexto dinámico y cosmopolita las emocionantes historias de los héroes persas Ciro y Darío se alternaban con naturalidad con las hazañas de Alejandro de Macedonia y Aníbal de Cartago.

CAPÍTULO 5

EL RETORNO DEL REY

Mientras cabalgaban hacia Sínope, Mitrídates y sus amigos fueron recogiendo los frutos de sus largos años de exilio. Mitrídates, ya todo un hombre que emanaba seguridad en sí mismo, se había ganado la confianza de los comandantes de las fortalezas, los jefes locales y los habitantes del Ponto, así como la de las tribus guerreras de las tierras altas.

Las fuentes antiguas refieren tan solo que Mitrídates regresó a Sínope y recuperó el trono, dejando a nuestra imaginación la tarea de determinar cómo sucedieron realmente todos estos acontecimientos. A medida que Mitrídates se dirigía de vuelta a la capital hacia 115-114 a. C., probablemente toda una serie de guarniciones y bandas armadas se unieron a su primitiva comitiva, espoleados por las intenciones del joven rey de vengar la muerte de su padre. Esta modesta milicia, compuesta por gentes de toda condición social procedentes de todo el reino, anunciaba los gigantescos ejércitos que el rey llegó a convocar en las guerras contra Roma que estaban por llegar. Esta fue la primera demostración del notable atractivo que Mitrídates ejercía tanto entre las elites como entre las gentes ordinarias de toda la región.

Los rumores (o puede que ciertos mensajes secretos) permitieron seguramente que algunos partidarios estuvieran preparados para el regreso de su amado rey. Hasta que, una mañana, los nobles compañeros de Mitrídates llegaron cabalgando a Sínope, con Dorilao a la cabeza. Los jóvenes irradiaban confianza, y la emoción irrumpió entre la multitud cuando los ciudadanos reconocieron a los antiguos niños perdidos de las familias más prominentes del Ponto. La expectación creció aún más cuando los vigías de las murallas avistaron a un ejército que se aproximaba. Mitrídates, a lomos de un hermoso caballo, apareció finalmente ante las puertas de la ciudad.

Los ciudadanos contemplaron a su rey, alto y musculoso, su bello rostro enmarcado por los cabellos negros encrespados como en una melena leonina, al estilo del gran Alejandro. La imponente estatura, el poderoso físico y la seguridad en sí mismo de Mitrídates resultaban impresionantes. Su complexión debía de resultar llamativamente pálida, a causa de las ínfimas dosis de arsénico que consumía con regularidad; una luminosidad casi translúcida, que lo distinguía de sus compañeros, de rostros bronceados tras varios años de vida al aire libre. Para aquellos que recordaran los oráculos, el rayo divino y los brillantes cometas, la súbita reaparición de Mitrídates evocaría posiblemente la idea del largamente esperado rey salvador emergiendo de un aura de luz.

Se trató, en definitiva, de un golpe de Estado sin derramamiento de sangre, con escasa resistencia por parte de la reina y sus cortesanos. La reina Laodice fue encarcelada y murió poco tiempo después, en circunstancias misteriosas; Mitrídates el Bueno no le sobrevivió. Ciertas fuentes sostienen que Mitrídates asesinó a su madre y a su hermano. Los historiadores modernos pugnan por esclarecer la cronología «imposiblemente comprimida» y enmarañada de los primeros momentos del reinado de Mitrídates. ¿Cómo asumió exactamente el joven rey el poder, eliminó a sus adversarios y eligió esposa? Plantearemos aquí una reconstrucción plausible de la venganza de Mitrídates y de su primer matrimonio, coherente con lo que nos transmiten las fuentes antiguas y completando los detalles omitidos por estas con conjeturas razonables.



Mitrídates como Hércules, vistiendo la leontea. Mármol, 33 cm de alto. Alejandro Magno se representó a menudo de manera similar. Cortesía de Alberto Pérez Rubio.

CAPÍTULO 6

NUBES DE TORMENTA

La atención de Mitrídates se desvió entonces hacia el este, hacia Armenia, territorio que hasta entonces había permanecido ajeno a los intereses de Roma. El rey del Ponto requería de un aliado fuerte y leal, y por el momento prefería evitar entrar en confrontación directa con Roma. Y, justo por aquellos años, hacia 96 a. C., Tigranes II de Armenia regresaba del Imperio parto (la antigua Persia, en el moderno Irán), donde había residido durante tres décadas, para asumir el trono de su difunto padre.

De niño, Tigranes (el nombre que los persas daban al planeta Mercurio) había sido enviado como rehén real a la corte parto, a Ctesifonte, donde creció y fue educado en la cultura local, una mezcla de las antiguas tradiciones nómadas e iránias. También en Armenia la influencia persa era muy fuerte, y la propia madre de Tigranes era una princesa alana de más allá del Cáucaso. Como sucedía con las alianzas matrimoniales de la época, el envío de un príncipe como rehén a las cortes vecinas era una práctica habitual para garantizar las buenas relaciones entre aliados recelosos. Otro tanto había sucedido con Filipo de Macedonia, por ejemplo, que fue educado en Tebas, o con Ciro el Grande, criado en Media. Cuando falleció su padre, no obstante, los partos permitieron a Tigranes, que a la sazón contaba 46 años, regresar para ceñir la tiara real de Armenia, a condición de que se atuviera a los deseos partos como su padre había hecho anteriormente. Pero Tigranes tenía ya por entonces grandes planes para la creación de un Imperio armenio.



Así las cosas, hacia 94 a. C., Gordio cabalgó hasta la corte de Tigranes en Artaxata, donde se presentó como enviado de Mitrídates. Las grandes ambiciones de Tigranes estaban aparejadas con una aguda inteligencia, y sin duda el rey de Armenia conocía los oráculos sobre Mitrídates, el significado atribuido a los cometas de los años 135 y 119 a. C. y las bendiciones que los magos habían prodigado sobre el largamente esperado «rey-salvador» del Ponto. Tigranes estaría al tanto también de las conquistas de Mitrídates, y seguramente consideró que una alianza con este emperador del mar Negro en ciernes podría ser ventajosa para su reino. Al fin y al cabo, Tigranes podía proteger (y también lucrarse con) el comercio por la Ruta de la Seda entre China y el mar Negro. Por todo ello, Tigranes prestó oídos a la versión de la historia de Mitrídates, que Gordio salpimentó con sus relatos sobre las maquinaciones imperialistas romanas en la Anatolia occidental. Pero Gordio también traía consigo una propuesta concreta: Mitrídates deseaba que Tigranes atacara a la débil Capadocia y que eliminara al títere romano Ariobarzanes, a cambio de lo cual el rey del Ponto ofrecería a Su Majestad armenia la mano de su hija preferida, la princesa Cleopatra, de 16 años. Los autores antiguos coinciden en que Mitrídates cuidó mucho de todas sus hijas, y que estas correspondieron con creces al amor paterno; este genuino lazo entre el padre y las hijas hizo de las alianzas matrimoniales tejidas por Mitrídates una herramienta especialmente valiosa.

Tigranes aceptó el trato. En el pasado Armenia ya había combatido contra Roma del lado de Antíoco el Grande y había llegado a dar refugio al mismísimo Aníbal, que se había ocupado de diseñar la capital del reino. Pero Tigranes había vivido la mayor parte de su vida en la distante Partia, lejos del alcance romano, y según Justino el monarca sabía muy poco sobre Roma y no creyó que los romanos responderían con contundencia ante un cambio de régimen en Capadocia. Tigranes honró a Gordio ofreciéndole unos magníficos corceles armenios para su viaje de vuelta a Capadocia, de manera que el emisario pudiera ir allanando el camino para el ataque de Tigranes.

Moneda de Tigranes II de Armenia, gran tetradracma de plata, 83-69 a. C. La tiara de Tigranes aparece decorada con un cometa de estela curva, asociando la figura del monarca con los espectaculares cometas de 135 y 119 a. C., verdaderos emblemas de la causa de Mitrídates. Cortesía de Spink & Son, Londres. Dibujo de Michele Angel.

CAPÍTULO 9

LA BATALLA POR GRECIA

Mientras la guerra asolaba Roma, Mitrídates celebraba sus victorias en la campaña griega. Sus magos y aliados tomaron como un buen presagio la aparición del cometa Halley. En Atenas, Atenión fue sucedido por otro filósofo, Aristión, también elegido por una plataforma promitridática; su nombre aparecería junto con el de Mitrídates en las monedas atenienses de 87-86 a. C.

Las bellas acuñaciones del propio Mitrídates mostraban su retrato idealizado, evidenciando un enorme parecido con el de su héroe Alejandro: labios entreabiertos, cabello alborotado... La iconografía evocadora de las conexiones persas del monarca (el Pegaso alado, la estrella y el creciente lunar) quedaba relegada a los reversos. Otras monedas representaban en cambio a Dioniso Libertador, deidad que los esclavos y rebeldes itálicos asociaban con la oposición a Roma. En todo caso, Mitrídates se aseguró de que su retrato fuera conocido en todo el mundo; empleó para ello a los mejores artesanos griegos, pues comprendía a la perfección el valor propagandístico del numerario estéticamente atractivo. Sus acuñaciones trasladaban el mensaje de que Mitrídates era el gran unificador (y protector) de las civilizaciones griega y persa. Con la certeza de que sus insuperables monedas serían admiradas, coleccionadas y seleccionadas para formar parte de los tesoros enterrados, Mitrídates las diseñaba de cara a la posteridad. Y, en efecto, los expertos numismáticos moder-

nos consideran hoy que las monedas con retratos mitridáticos son las más bellas de toda la Antigüedad. El monarca hizo grabar asimismo su efigie en numerosos anillos que acostumbraba a regalar a sus amigos y aliados, joyas estas que conferían una gran autoridad a sus portadores. Semejantes sellos también podían portar mensajes propagandísticos, como el de Sila, en el que se representaba su victoria sobre Yugurta, o el que ostentaba Atenión, con la efigie del rey del Ponto.

En 87 a. C., los generales mitridáticos Arquelao y Metrófanos asaltaron la isla de Delos, hasta entonces en manos romanas. La destrucción fue devastadora: la ciudad fue saqueada e incendiada hasta los cimientos, y millares de esclavos físicamente aptos, liberados en el acto de los grilletes impuestos por Roma, se unieron al ejército de liberación de Grecia. Por el contrario, los generales de Mitrídates acabaron con prácticamente todos los inermes comerciantes itálicos de Delos, y vendieron como esclavos a sus mujeres e hijos. La cifra estimada de asesinatos cometidos en Delos alcanzó los 20 000, lo que elevó la tasa de mortandad de ciudadanos romanos no combatientes entre 88 y 87 a. C. hasta los cien mil civiles, puede que más.

Metrófanos y Arquelao se apropiaron también de las riquezas de la isla, incluyendo los tesoros almacenados en el gran Templo de Apolo. La mayoría de las riquezas saqueadas fueron almacenadas en la pequeña

y boscosa isla de Sciáthos, que acogía también la base naval y el hospital de Metrófanos. ¿Pero qué debía hacerse con el tesoro sagrado de Apolo, guardado durante siglos en su templo? Tradicionalmente, dicho tesoro de Apolo en Delos había sido protegido por los atenienses, por lo que Mitrídates decidió que las riquezas fueran remitidas a Aristión en Atenas, traslado del que se ocuparon 2000 soldados cuidadosamente seleccionados para ello. Todo un gesto que sellaba el compromiso de Mitrídates de liberar a la Hélade del dominio romano.

La Primera Guerra Mitridática: campañas de Anatolia, el Egeo y Grecia. Mapa de Michele Angel.



CAPÍTULO 10

EL BESO DE LOS ASESINOS

En el ataque de Murena perecieron muchos jinetes de Mitrídates. Tomado por sorpresa y furioso por la traición de Arquelao, el monarca del Ponto se mostró pese a todo renuente a entrar en guerra. Envío por ello embajadores a Murena, reprochándole que hubiera roto el tratado de paz. La sarcástica respuesta de Murena no se hizo esperar: «¿Tratado? ¿Qué tratado? ¡Yo nunca he visto documento alguno!» Murena procedió a saquear sumariamente todas las riquezas y ornamentos del Templo del Amor, y estableció sus cuarteles de invierno en Capadocia.

Pese a todo, Mitrídates se contuvo, siguiendo una estrategia de contención y diplomacia. Envío una embajada a Roma para apelar al Senado y a Sila, ante los que presentó una queja formal contra Murena por haber roto los términos de la Paz de Dárdano. El monarca decidió esperar la respuesta de Roma antes de reaccionar ante la agresión no autorizada de Murena. Entretanto, puso al frente de sus ejércitos a su antiguo amigo capadocio Gordio, en sustitución del traidor Arquelao.

En la primavera de 82 a. C., Murena vadeó el Halis, desbordado por los deshielos, y penetró en el Ponto. Durante aquel verano y aquel otoño las legiones de Murena saquearon cuatrocientas aldeas de los territorios de Mitrídates, reuniendo toda una caravana de carros repletos de botín. A continuación, partió con ella por la Galacia controlada por Roma. Pese a todo, Mitrídates no hizo nada salvo enviar espías que siguieran el rastro de Murena.

Sila y el Senado despacharon a un legado para investigar las quejas de Mitrídates contra Murena en 81 a. C. El magistrado se reunió con el general romano y le anunció que el Senado le ordenaba desistir de sus ataques contra Mitrídates, pues el rey ya había firmado la paz con Roma.

Pero, tal y como le revelaron al monarca sus espías, el legado admitió también que el Senado no había emitido ningún decreto escrito al efecto. Acto seguido, los espías observaron cómo el magistrado añadía algo más al oído de Murena. A resultas de todo ello, el general romano invadió una vez más el Ponto. Mitrídates creyó evidente que el legado le había transmitido a Murena un mensaje secreto de Roma, autorizándole a atacar a Mitrídates en una guerra sin cuartel. Se trataba de un ataque no provocado aún más descarado que la guerra ilegal que Aquilio y Nicomedes habían desencadenado en 89 a. C.

Finalmente, Mitrídates le dio a Gordio la orden de contraatacar. De inmediato el general reunió unas huestes ciudadanas ansiosas por batirse por su rey, y tomó posiciones al otro lado del río Halis, frente a las dos legiones de Murena. Al poco apareció el propio Mitrídates, cabalgando a lomos de un gran caballo y seguido por su nuevo y flamante ejército. A pesar de su escasa experiencia en combate, Mitrídates se lanzó resueltamente a la batalla contra un Murena que, aunque joven, era ya todo un enérgico veterano de las victorias romanas cosechadas por Sila. Consciente de que sus ancestros reales persas nunca habían tomado parte directa en el combate, Mitrídates, que para entonces contaba ya 51 años, emulaba ahora al joven Alejandro arrojándose a lo más encarnizado de la contienda.

Los dos ejércitos se enzarzaron en un violento combate a orillas del río. Prevaleció Mitrídates, que terminó por expulsar del río a Murena y a sus hombres, quienes hubieron de buscar refugio en una ladera. Gracias a sus unidades más pequeñas y flexibles, Mitrídates había aplastado de manera decisiva a las legiones romanas. Bajo una lluvia de flechas disparadas por los arqueros armenios de Mitrídates, el «chacal» Murena huyó junto a algunos de sus hombres hacia el oeste, atravesando las montañas «por una ruta impracticable». Mitrídates y Gordio expulsaron al resto de las guarniciones de Murena fuera de Capadocia, y todo el país saludó al rey del Ponto como su libertador. La brillante victoria sobre Murena fue todo un bálsamo. La devoción popular, que últimamente había comenzado a declinar, resurgió con fuerza, y Mitrídates Eupátor fue saludado de nuevo como el rey salvador del pueblo frente a los salvajes romanos. Todavía seguía siendo el «Buen Padre», el único capaz de ahuyentar a los voraces lobos.

Nicomedes de Bitinia, némesis de Mitrídates. Idéntico retrato fue empleado por Nicomedes III y Nicomedes IV. 1944.100.41904, legado de E. T. Newell. Cortesía de la American Numismatic Society, Nueva York.



CAPÍTULO 11

VIVIR COMO UN REY

En la Antigüedad se creía que cualquier veneno de origen natural (ya fuera animal, vegetal o mineral) tenía su antídoto en la propia naturaleza. Por ello, Mitrídates combinó *pharmaka* tóxicos con otros beneficiosos en su triaca, que más tarde se conocería con su propio nombre, «mitridato». En las triacas tradicionalmente se mezclaban sustancias que se suponía que contrarrestaban los venenos, tales como la canela, la mirra, la casia, la miel, el almizcle de castor extraído de los testículos de dichos animales, el incienso, la ruda, el tanino, el ajo, la tierra lemnia, el vino de Quíos, el carbón, la leche cuajada, la centaurea, la aristoloquia, el jengibre, la raíz de lirio, el eupatorio, el ruibarbo del Volga, el hipérico («hierba de san Juan»), el azafrán, la nuez, el higo, el perejil, la acacia, la zanahoria, el cardamomo, el anís o el opio, entre otros ingredientes procedentes del Mediterráneo, el mar Negro, Arabia, el norte de África, Eurasia y la India. La ciencia moderna, de hecho, demuestra que algunas de estas sustancias pueden contrarrestar ciertas enfermedades y toxinas: el azufre de los ajos, por ejemplo, neutraliza el arsénico que circula por el torrente sanguíneo, y el carbón absorbe y filtra diversas toxinas. La composición química de la tierra lemnia fue analizada recientemente y parece ser que contenía diversos minerales antibacterianos y asimiladores de toxinas. También el ajo, la mirra, la canela y el hipérico son conocidos antibacterianos. Y los más recientes estudios científicos revelan que varios de los ingredientes del mitridato provocan bioprocesos alexifarmacológicos en el sistema inmunológico. Al fin y al cabo, ciertas plantas empleadas tradicionalmente por los curanderos de África y la India neutralizan el veneno de cobra, de víbora y de serpiente de manera efectiva.

Desarrollando las investigaciones emprendidas por Átalo III, Nicandro de Colofón y algunos otros, Mitrídates fue registrando por escrito las propiedades de centenares de venenos y antídotos, deduciéndolas a partir de sus experimentos con prisioneros, con sus colegas o sobre sí mismo. «Gracias a su tenaz investigación y a la verificación de todos los experimentos posibles», comenta Plinio, encontró formas de «hacer que los venenos se comportaran como remedios convenientes». Podemos imaginar a Mitrídates y a su

equipo (Cratevas, Papías, los magos, los sanadores agari, e incluso a Timoteo, un especialista en heridas de guerra) portando máscaras protectoras confeccionadas con vejigas de cerdo (empleadas habitualmente por los antiguos alquimistas) y probando, por ejemplo, el incoloro «veneno ardiente» egipcio, creado al combinar natrón (carbonato sódico, muy común en Egipto) con rejalgar u oropimente (arsénico). Las esencias sanadoras se destilaban incluyendo diminutas cantidades de veneno en un *electuario*, una pasta aglutinada con miel; dicha pasta se modelaba en forma de píldora del tamaño de una almendra, y el rey comenzaba cada uno de sus días ingiriendo su triaca secreta, una de estas píldoras, con ayuda de un trago de agua fresca de manantial. Al parecer, la fórmula no causaba serios problemas físicos y, en cambio, estimulaba el sistema inmunológico, pues las fuentes antiguas coinciden en que Mitrídates disfrutó de una excelente salud y de un gran vigor sexual a lo largo de toda su extensa vida.

A la muerte de Mitrídates, su biblioteca y sus documentos personales fueron trasladados a Roma y traducidos al latín por el secretario de Pompeyo, el ya mencionado Leneo (95-25 a. C.). Plinio, que llegó a estudiar las notas manuscritas de Mitrídates, elogiaba su erudición: «Sabemos a través de la evidencia directa y por los informes», decía el naturalista, que Mitrídates «fue un investigador en el campo de la biología con más talento que cualquiera de sus predecesores. Con objeto de hacerse inmune a los venenos y lograr que su cuerpo se acostumbrara a ellos, él mismo ideó el plan de tomar veneno cada día tras haber ingerido primero los antídotos correspondientes». En la cumbre de su reinado, Mitrídates «acumuló un conocimiento detallado sobre todos sus súbditos, que englobaban una parte sustancial del mundo». Su cosmopolita biblioteca de tratados etnobotánicos y toxicológicos recogía sin duda los medicamentos empleados por los druidas de la Galia, los galenos mesopotámicos y las obras de los practicantes hindúes del Ayurveda («larga vida»). Sabemos, por ejemplo, que la triaca de Súsruta (ca. 550 a. C.) se componía de ochenta y cinco ingredientes, y que la *Mhagandha-hasti* de Cháraka (300 a. C.) tenía sesenta.

CAPÍTULO 15

EN LA TORRE

El peor temor de Mitrídates era ser entregado a Pompeyo para su degradación y ejecución pública en Roma. Comprendía que había perdido el favor de su pueblo y admitía que su hijo era el nuevo rey. Su única esperanza era marchar al exilio. Por consiguiente, despachó diversos mensajes a Farnaces, pidiéndole un salvoconducto para abandonar Panticapeo. Ninguno de sus mensajeros regresó. A continuación, Mitrídates envió a sus viejos amigos para trasladarle la petición a su hijo, pero, o bien fueron asesinados por los partidarios de Farnaces (según Apiano), o bien les convencieron de que abandonaran al anciano monarca (como sostiene Dió Casio).

Ante el silencio cosechado por sus súplicas, Mitrídates se encontró a sí mismo en la misma encrucijada en la que había estado Aníbal en 182 a. C., cuando se vio atrapado en su palacio de Bitinia. Y, como Aníbal, Mitrídates estaba preparado para aquella contingencia. El monarca le dio las gracias a su guardaespaldas y a los compañeros que le habían sido fieles y, como en catástrofes anteriores, ordenó a sus eunucos que distribuyeran veneno entre las cortesanas y los niños del harén. Las dos princesas más pequeñas, Mitrídatís y Nisa, se habían criado con su padre en palacio, lo que explica que ahora se encontraran en la torre junto a él. Ambas estaban prometidas pero no habían alcanzado la edad del matrimonio, por lo que tendrían quizá entre 9 y 13 años. Según las tradiciones literarias, tanto el monarca como sus hijas bebieron el veneno, pero Bituito aguardó, montando guardia.

Mitrídates destapó el compartimento secreto de la empuñadura de su daga y sacó la pequeña ampolla dorada, bellamente labrada por artistas escitas. Las dos niñas rogaron a su padre que compartiera su veneno con ellas, suplicándole que permaneciera vivo hasta que ellas murieran. Este las sostuvo en sus brazos mientras las pequeñas bebían de la ampolla. El veneno hizo efecto de inmediato.

Una vez muertas las niñas, Mitrídates apuró el contenido de la ampolla. Pero el veneno no lo mató. Paseó enérgicamente por la habitación para que la toxina se extendiera por su cuerpo. Se sintió extraordinariamente débil, pero seguía respirando. Según la conocida leyenda, cargada de ironía y repetida en casi todas las versiones de la muerte de Mitrídates, el monarca que se había hecho a sí mismo invulnerable al veneno ingiriendo dosis infinitesimales de toxinas a lo largo de toda su vida se veía ahora incapaz de morir envenenado. Las últimas palabras de Mitrídates son bien conocidas: «Yo, el monarca absoluto de tan gran reino, no puedo morir por el veneno debido a que he consumido tontamente drogas y antídotos. Aunque me mantuve en guardia frente a todos los venenos, olvidé tomar precauciones contra el más letal de ellos, el veneno que acecha en el hogar de todos los reyes: la deslealtad de su ejército, de sus amigos y de sus hijos». Esta expresiva parábola fue retomada por los cronistas medievales y repetida por los historiadores modernos, pues su moraleja parecía poéticamente adecuada para el rey del veneno.

Pero la mera lógica suscita algunas objeciones. Si el régimen de mitridato era efectivo gracias al proceso que hoy conocemos como *hormesis* (algo que Mitrídates, desde luego, creía a pie juntillas), ¿qué sentido tendría haberse pasado la vida transportando una cápsula de veneno para suicidarse, a no ser que se tratara de una dosis letal cuidadosamente calculada de algún veneno especial de acción rápida que no fuera contrarrestado por el mitridato? A lo largo de su vida, Mitrídates había experimentado con numerosos venenos sobre cobayas humanas, y sabría con exactitud qué dosis era necesaria para provocar una muerte rápida, privada y digna. Por el contrario, si el mitridato no protegía de manera efectiva contra los venenos, ¿por qué razón la dosis, sin duda calculada con esmero, resultó ineficaz?

«Bien conocéis a Mitrídates para creer que
él pueda quedar ocioso esperando que
venga el enemigo. El terrible acero vuelvo
a esgrimir, hijos, y desde estas desiertas
arenas, con armas y honor, me dirijo, no
ya sobre Pompeyo, sino sobre el Capitolio.
[...]

¡Que en Asia
no falte nunca un Mitrídates, y que ella lo
encuentre en ti, Farnaces! ¡Esposo de Ismene
cruza el Éufrates! Combate, y allá sobre las
siete colinas erige felizmente mi trono».

Mitrídates, rey del Ponto, acto 1, escena 3.^a,
Wolfgang Amadeus Mozart (música),
Vittorio Amedeo Cigna-Santi (libreto);
Josep Francesc Pertusa (trad.), 2001.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

